

“ESTO VA A ESTALLAR, HAY QUE REPLANTEAR LOS PROTOCOLOS”:

OMISIONES, CONTRADICCIONES Y MEDIAS VERDADES SOBRE LA GESTIÓN DEL CORONAVIRUS

Mar Llera

Prof. Titular Dpto. Periodismo I (Universidad de Sevilla)

El día 27 de febrero, hace apenas una semana, los medios advertían con cierta preocupación: [“Se elevan a quince los casos de coronavirus en España”](#). Dos días después, se contabilizaban 84 infectados. Mientras escribo estas líneas [la cifra asciende a la escandalosa cota de 387](#), de los cuales 376 son activos, tras el alta de cinco pacientes y el fallecimiento de seis. Un incremento del 460% en seis días. Terminó de revisar el artículo y el total ya ha vuelto a subir: ahora son 1.200 los infectados y 28 los fallecidos. Eso sí, continúan repitiéndonos que el coronavirus en España se encuentra en fase de “contención” (ahora “contención reforzada”). Pues menos mal. Porque si nos dijeran que estamos en caída libre, no me atrevo a imaginar las cifras.

En contraste, la Organización Mundial de la Salud ha publicado un [informe](#) sobre la exitosa gestión de la pandemia en China, de la que este medio se ha hecho eco en varios [artículos](#). Aun con matices, se reconoce que las autoridades de ese país han tenido el coraje de tomarse en serio el desafío, desplegando fuertes medidas preventivas sin detenerse a considerar su impopularidad y **priorizando la salud de la población por encima del impacto económico**. Además, han sido capaces de construir con admirable celeridad nuevas infraestructuras y han aprovechado el potencial de las tecnologías digitales para controlar la expansión del virus.

Ahora bien, no se puede olvidar que **esta hazaña se ha llevado a cabo con mano de hierro y con un discurso político conjugado en imperativo**. La ciudadanía ha tenido que someterse a directrices draconianas sin posibilidad de réplica. Y la censura no sólo ha silenciado las voces críticas, sino que se ha cobrado vidas, sobre todo en los estadios iniciales de la pandemia.

Pero a sólo 130 kilómetros de las costas chinas, **Taiwán**, un país injustamente marginado por la comunidad internacional, **ha superado la gesta del Gigante Asiático con métodos participativos y democráticos**. Así lo han subrayado Audrey Tang, Ministra Digital, y Shiany Pérez-Cheng, investigadora del **Institute for Statecraft** (Londres), en unas declaraciones para este diario que completan el reciente [análisis](#) de J. Wang y su equipo sobre el tema. En 2019 Taiwán recibió casi tres millones de turistas procedentes de China. 850.000 taiwaneses residen en el continente y alrededor de 400.000 desarrollan allí su trabajo. Cada día, decenas de vuelos surcan el estrecho que separa las dos orillas. Sin embargo, el número de casos de coronavirus en la isla de Formosa, que los expertos pronosticaban el segundo mayor del mundo, se limita a medio centenar. Y esto se ha logrado **sin enclaustrar a la población en ciudades-fantasma y sin asfixiar su iniciativa**. Al contrario, contando activamente con la colaboración de la gente.

Por tanto, si comparamos lo que está sucediendo en Taiwán y en nuestro país hemos de concluir que **el término “contención” es un eufemismo para disimular la verdad**. Las

omisiones, contradicciones y medias verdades que lastran la gestión del coronavirus no deberían pasar desapercibidas.

1. TECNOCRACIA EN LUGAR DE DEMOCRACIA

Nuestras autoridades políticas, que tan frecuentemente apelan al valor de la participación democrática, han decidido no dar la cara en el día a día de la crisis para evitar el desgaste. ¿Dónde están ahora nuestros ilustres *picapiedras*, Pedro y Pablo? Han delegado la incómoda tarea de lidiar con los medios y aquietar a la opinión pública en un experto, Fernando Simón, director del centro de emergencias sanitarias. Su figura ilustra de modo eminente el papel del conocimiento especializado en las sociedades complejas, pero lo hace a costa de diluir un principio básico de la democracia: la toma de decisiones es responsabilidad de los representantes políticos. Es a ellos a quienes hemos votado para que determinen, a partir de los datos disponibles, si hay que cerrar centros escolares, proveer al público de mascarillas, anular eventos masivos, fumigar espacios comerciales, reforzar protocolos sanitarios o incrementar el número de chequeos médicos a quienes cruzan nuestras fronteras. Pero, claro, es más cómodo delegar. *Lo dijo Simón, punto redondo*. A todo esto, el papel que se otorga a la ciudadanía no va más allá de un compulsivo click con el ratón, o del barrido digital de noticias sobre la pantalla del móvil.

En Taiwán, en cambio, las autoridades políticas han desempeñado el protagonismo que les corresponde, con la Presidencia del Gobierno y el Ministerio de Sanidad coordinando los esfuerzos de los ministerios de Transporte, Economía, Trabajo, Educación y Protección Ambiental para hacer frente a la crisis. Todo ello dirigido desde el Centro de Mando Sanitario, del que depende unificar la gestión en situaciones de desastre y garantizar una comunicación directa entre las autoridades centrales, regionales y locales.

En cuanto a la participación ciudadana, Taiwán puede enorgullecerse de contar con un Ministerio de Democracia Digital [del que ya hemos hablado en este medio](#). Su responsable, Audrey Tang, ha diseñado una plataforma online destinada al mapeo y distribución de los recursos para combatir la enfermedad. En ella se han volcado más de un centenar de apps creadas por organizaciones civiles y empresas privadas que procesan la información sobre la crisis en tiempo real, posibilitando –entre otras cosas– conocer el número de mascarillas disponibles en cada farmacia taiwanesa.

2. SERENIDAD ANTES QUE SEGURIDAD

En España la gestión informativa en torno al coronavirus está marcada por una contradicción que raya con la esquizofrenia. Por una parte, los medios bombardean día y noche piezas sobre la acelerada tasa de contagio y el previsible impacto socioeconómico de la pandemia. Pero, por otra, se apela constantemente a una calma que no sólo contrasta con las evidencias, sino que en ocasiones parece más importante que la seguridad.

“No hay nada que me ponga más nerviosa que esta insistencia en la tranquilidad” –me comentaba una persona después de hacerse público el diagnóstico de una alumna infectada en la Universidad de Sevilla y poner en cuarentena “a **las** quince personas y a **los** cinco profesores que han mantenido contacto con ella”. Ni uno menos, ni uno más. El novio ha quedado exento de la medida ante el estupor general. Y el resto de la Facultad, a cruzar los dedos.

Según la protagonista relata, a pesar de haber visitado una zona de riesgo en Italia no se le realizó ningún control sanitario, ni a su salida del país, ni a su entrada en España. Al informar por propia iniciativa a los médicos, le comentaron que el protocolo vigente le permitía hacer vida normal mientras no tuviera síntomas. Qué alegría. Porque desde que los tiene, se acabó la fiesta. Y ahora no sabemos a quiénes ha podido infectar al margen de esas veinte personas, tan cuestionablemente contabilizadas. Eso sí, las autoridades sanitarias nos invitan a la “normalidad”.

En contraste, Taiwán ha sometido a cuarentena a todas las personas procedentes de zonas de riesgo y las ha monitorizado telefónicamente, asegurándose de que permanecen recluidas en sus hogares. Además, ha aprovechado el potencial de los *big data* con propósitos analíticos. Desde el 27 de enero, la Administración Nacional de Seguridad Sanitaria y la Agencia Nacional de Inmigración integran los historiales de viaje de la ciudadanía con su información sanitaria. Por otra parte, se ha implementado un sistema de auto-registro digital y declaración jurada para garantizar la cuarentena de viajeros en riesgo. Todos los que atraviesan las fronteras en uno u otro sentido están obligados a rellenar un cuestionario online que se cruza con diversas bases de datos. Simultáneamente, se ha procedido de manera proactiva a la identificación de quienes padecen síntomas respiratorios severos, a partir de la información archivada en el sistema de salud. Incluso aquellos que en su momento superaron el test de la gripe, han sido analizados para comprobar si padecen coronavirus. Y se ha puesto a disposición del público un número de teléfono gratuito con el objetivo de reportar síntomas. Este número, una vez saturado por la cantidad de llamadas, ha encontrado réplica en nuevas líneas creadas por las administraciones locales.

3. INFORMACIONES MUTILADAS Y FALSOS DILEMAS

En España quien desee informarse sobre el coronavirus, los protocolos y las recomendaciones sanitarias, lo primero que advierte es que los buscadores priorizan a los medios de comunicación sobre la web del Ministerio de Sanidad. No en vano, pues suelen ofrecer información más actualizada. Además, Sanidad ofrece un elenco de documentos poco o nada versátil. Mucho pdf pero ningún mapeo interactivo. A partir de ahí, cada versión de los documentos de referencia mutila una parte significativa de la fuente, de modo que al final no nos aclaramos.

Es lo que sucede, por ejemplo, con el falso dilema de las mascarillas. Por una parte, el Ministerio cree “que la transmisión de la infección se produce habitualmente por gotas (producidas al toser, estornudar o hablar) y por contacto con material contaminado por ellas con mucosas (oral, ocular y nasal, fundamentalmente)”. Se trata de una conclusión avalada por

la Organización Mundial de la Salud. De ahí que en Taiwán todo el mundo utilice mascarillas para protegerse. Ante el incremento de la demanda, su gobierno ha contratado a 15 empresas para desarrollar en menos de un mes 60 líneas de producción, con el propósito de fabricar 10 millones de mascarillas diarias. Entretanto, las farmacias de nuestro país continúan desabastecidas y los españoles nos consolamos con el mantra: “¡Qué importa, si total las mascarillas no sirven para nada! Sólo es preciso utilizarlas cuando se está infectado”. ¿Pero no habíamos quedado en que hay enfermos asintomáticos y que el periodo de incubación -no exento de posibilidad de contagio- puede extenderse hasta tres semanas?

“Esto va a estallar. Hay que replantear los protocolos” -advierte la investigadora Shiany Pérez-Cheng. Yo cada día lo veo más claro. Tanta calma nos está comenzando a poner nerviosos.
